

CANTOR DE SILENCIOS

Ataviado con su ropa de faena, espera una buena empopada que les empuje mar adentro. Con tan solo veinte años es todo un experto navegador de barcos de vela, y este va a ser su primer trabajo como guía de recreo para un importante magnate y su esposa. Han pagado una suma casi indecente de dinero para dar una vuelta en su barco, a cambio de sus servicios y de su discreción. Aquel tipo lleva consigo una botella de vino, unas chanclas de playa, un bañador de cuadros y una camisa que desafía las leyes del buen gusto. Con alevosía, echa un vistazo al Longines Conquest Vintage que adorna su muñeca izquierda, tanteando la hora a la que van a salir a navegar. Y su esposa deja en la popa un bolso de fino mimbre, asentando luego sus posaderas que lucen un biquini burdeos que deja poco espacio a la imaginación. El muchacho les insta a que se coloquen los chalecos salvavidas y ellos obedecen sin rechistar. Comienza el pequeño crucero.

Bajo bandera española, es uno de los pocos navíos nacionales de Puerto Banús, en San Pedro de Alcántara. En 1970, la costa comienza a bañarse de urbanizaciones habitadas por ricos extranjeros que buscan el sol, la gastronomía y la impunidad económica de una Marbella en plena expansión turística. Y sus embarcaciones de recreo se apostan a cada lado de las pasarelas recientemente construidas. Hace poco que se inauguró el puerto, y el muchacho recuerda los ribetes recargados de madera de uno de los barcos que atracaron allí, y se imaginó a toda esa gente forrada de billetes inmigrantes, de dinero de ébano, de lujos prohibitivos para cualquier mortal. Recuerda ver a José Banús, acompañado de su joven sobrino Alberto Vidiella recorrer una de esas pasarelas en dirección a ese buque, y salir luego con un rubor delator en sus mejillas y una risa fácil que escondía sucios negocios y trámites oscuros e ilegales que cimentarían los pilares de la corrupción en su ciudad.

Días después se enteró de la construcción de un gran campo de golf, al que asistieron figuras tan ilustres como los príncipes de Mónaco, y las primeras noches de desenfreno de glamour con espectáculos musicales encabezados por un atractivo y tímido Julio Iglesias, que escondía en la letra de Quijote su amor por el proyecto. Con el mar de fondo, arropado de una gabardina naranja y una camiseta de rayas marineras, entona su canción al igual que en el videoclip, acariciado de la brisa salada que mece su negro cabello. Todos lo oyen embelesados, todos embriagados de champán y caviar, de marisco y canapés, de jamón y queso.

Poco a poco, se ponen en marcha, y el pequeño navío se ciñe a cuarenta y cinco grados, y el muchacho agarra el timón y maneja el viento a su antojo tal y como lo ha estudiado el día anterior con esmero, tanto su intensidad como su dirección. Con precisión, trima la vela, cerrándola y quedando sentado en la banda de estribor. El magnate y su esposa hacen caso omiso de su maestría y se dedican a ingerir cantidades desorbitadas de licor, salpicando el suelo y la vela de la embarcación. El multimillonario deja que su mujer le quite el chaleco y le masajee su voluminoso estómago, mientras aplasta sobre él sus tersos pechos. El viento incide en la cara estribor de la vela, pero en un movimiento brusco e inesperado, el muchacho debe cambiar el rumbo a través, y les pide que agachen la cabeza. La mujer se agacha, pero el magnate, parco en reflejos, es golpeado por la vela y cae al mar. El muchacho apura una cuerda atada a un salvavidas para socorrerlo, pero el tacto de un frío metal en su nuca lo deja paralizado. La mujer lo está apuntando con un arma, obligándolo a quedarse inmóvil, a no ayudar a su esposo que se ahoga en las cálidas aguas del mediterráneo. Aquella mujer, aquella esposa, aquella víbora codiciosa lo tenía todo planeado. Su mano no titubea, no se inmuta, no tiembla ante el socorro desesperado de su marido. No sabe nadar, y pronto su inútil cuerpo es engullido por el fondo del mar. Cuando todo termina, de su bolso de mimbre saca un

sobre con un fajo de billetes y se lo tiende al muchacho, comprando su silencio a punta de pistola.

De ahí en adelante, trabajará para aquella viuda, guardando el secreto de su traición, acompañándola en sus cócteles y en sus noches de luto festivo, siendo su Quijote particular, cautivo de la letra de aquella canción, el cantor de silencios que no vive en paz.